

Comentarios de Jorge Bosch* a la exposición de Alberto Cabrera

El profesor Cabrera ha señalado con acierto que los parámetros de evaluación tradicionales son de carácter global y se agrupan esencialmente en dos clases: la reputación (o prestigio) y los recursos. Lo que se entiende por reputación está más o menos claro, aunque en los casos de aplicación a un ejemplo particular da lugar a imprecisiones y a un amplio margen de interpretación subjetiva. Más precisos y objetivos son los parámetros vinculados a los recursos; por ejemplo: matriculación (cantidad de estudiantes), número y salario promedio de los profesores, graduación de los profesores, proporción de doctores, horas de clase por empleado, títulos otorgados, número de libros en la biblioteca, suscripción a revistas, gastos por estudiante, gastos en biblioteca, etcétera. Sin embargo estos parámetros son demasiado rígidos y formales, por lo cual no alcanzan a medir la

eficiencia educativa de una universidad e, inclusive, pueden llegar a ofrecer una imagen totalmente equivocada. Se está tomando conciencia de esto, por lo cual ha aparecido una nueva corriente de pensamiento en el tema de los indicadores que propone nuevos parámetros, esencialmente distintos de los tradicionales. Con estos nuevos parámetros se trata de evaluar fundamentalmente la performance del estudiante y el éxito en los estudios.

La introducción de estos nuevos parámetros ha producido un cambio de orientación en la evaluación: los objetivos prioritarios pasan a ser promover el aprendizaje y retener a los estudiantes. Según este cambio de enfoque, el centro de la evaluación se desplaza de la lista de recursos a la calidad del proceso de enseñanza-aprendizaje. No se trata tanto de medir recursos como de medir resultados. Debo decir que este

* Rector de la Universidad CAECE.

aspecto fundamental de la exposición del profesor Cabrera me ha producido una honda impresión porque entiendo que de este modo se reivindica, por encima de todas las formalidades, el más importante y más antiguo problema de la pedagogía: el de mejorar la calidad del proceso de enseñanza-aprendizaje. Esto es lo que en su momento enfatizaron todos los grandes pensadores de la pedagogía, desde las épocas de Comenio y Pestalozzi. No puedo menos que celebrar esta vuelta al centro de las preocupaciones pedagógicas. En efecto: más que los datos formales acerca de la institución, sus profesores, sus alumnos y la cantidad de sus libros, interesa saber cuáles son las actitudes y las prácticas del enseñante, cuáles son las actitudes y las prácticas de los alumnos en el aula, cuáles son los métodos pedagógicos y didácticos que se adoptan, cuáles son los resultados que se obtienen. Si una universidad obtiene éxito en los resultados es absurdo descalificarla porque tenga pocos doctores, o pocos libros o pocas revistas. Por supuesto que cabe preguntar qué quiere decir tener éxito en los resultados. De la exposición del profesor Cabrera extraigo al respecto las siguientes pautas.

La medición de resultados está íntimamente ligada a la clarificación

de los objetivos de la enseñanza y, de acuerdo con esto, la cuestión se traslada a medir de algún modo el cumplimiento de los objetivos. Es obvio que los recursos no se identifican con los objetivos, sino que son los medios que, supuestamente, han de conducir al logro de aquéllos. En consecuencia, los parámetros basados en recursos no miden directamente el logro de objetivos, salvo que se tenga la certeza de que los recursos medidos implican necesariamente, en el caso de que sean satisfactorios, el logro pleno de los objetivos. Se trata entonces de una medición indirecta basada en una hipótesis de muy difícil verificación. Es entonces más sensato y menos riesgoso introducir indicadores de medición directa del grado de logro de los objetivos, y para ello es necesario establecer ante todo cuáles son los objetivos. A nadie se le ocurriría decir que el objetivo de una universidad es tener entre sus profesores muchos doctores, una buena biblioteca y una buena relación docente-alumno, pues inmediatamente surgiría la pregunta acerca de lo que se pretende hacer con esos recursos; y lo que se pretende hacer constituye, precisamente, los auténticos objetivos de la universidad. Pasando entonces a ocuparnos de los objetivos, conviene advertir que se pueden confeccionar largas y diversas listas

de ellos; es evidente que hay que elegir y en esta elección reside en gran medida una pauta de la evaluación de la universidad como institución educativa. El profesor Cabrera pone énfasis en dos objetivos generales (que no son los únicos, por supuesto): a. promover el aprendizaje y b. retener estudiantes. Cada uno de éstos se subdivide en objetivos particulares.

Con respecto a la *promoción del aprendizaje*, el profesor Cabrera propone centrar la atención en esta terna de conceptos: pensamiento crítico, resolución de problemas y comunicación. Esta trilogía está teniendo una fuerte presencia en las corrientes pedagógicas contemporáneas.

Pensamiento crítico. El desarrollo de un pensamiento de esta índole constituye uno de los objetivos prioritarios del proceso de enseñanza-aprendizaje. Cada institución debe elaborar y adoptar los métodos que conduzcan a que el alumno adquiera una capacidad creciente en tal sentido y, consecuentemente, el grado de obtención de tal capacidad se convierte en uno de los fundamentales indicadores del éxito de la enseñanza. También corresponde a la institución elaborar métodos de medición de este parámetro.

Resolución de problemas. Con respecto a este tema yo tengo una posición personal, elaborada sobre

la base de mi experiencia como profesor de matemática, que es quizás el área en la que con más claridad puede estudiarse el tema de la resolución de problemas. Nadie puede discutir sensatamente la conveniencia de introducir la resolución de problemas como herramienta de la enseñanza, casi de cualquier disciplina, pero he comprobado que en este orden de ideas es muy fácil deslizarse hacia posiciones extremas. Hay, por ejemplo, distinguidos matemáticos, científicos en general y pedagogos, que proponen que la totalidad de la enseñanza de una disciplina se desarrolle exclusivamente a través de la resolución de problemas. Por suerte, los maestros y los profesores se resisten instintivamente a poner en práctica este disparate, aún en los casos en que creen estar convencidos de su validez. Nadie duda de que la resolución de problemas sea un aspecto importante de la enseñanza; pero tan importantes como él, o quizá más, son el análisis reflexivo y crítico de los conocimientos, la comprensión de la arquitectura global del *corpus* científico, artístico o filosófico, el descubrimiento de las relaciones entre los diferentes campos del saber. Si se rompe el delicado equilibrio entre estos factores, y sobre todo entre la comprensión estructural y la habilidad para resolver casos particulares, se priva

al educando de una formación integral que es la mejor arma para la lucha por la vida.

Comunicación. El profesor Cabrera asigna gran importancia, casi decisiva, a lo que sucede en el aula: su clima, sus experiencias: lo que hace el enseñante, lo que hacen los alumnos. Este enfoque le permite elaborar una interesante lista de indicadores referidos a lo que podríamos llamar, genéricamente, la comunicación en el aula. Serían ellos los seis siguientes: *métodos participativos, claridad del enseñante, motivación en el estudiante, feed-back específico y continuo, aprendizaje en colaboración, relevamiento de prácticas y actividades de clase.* Estos nombres son suficientemente expresivos, y sólo correspondería agregar algunas palabras acerca del *feed-back específico y continuo.* Lo que el profesor Cabrera quiere decir con esto, y que yo comparto plenamente, es que sería muy conveniente disponer de un sistema rápido y sintético de evaluación del aprendizaje de cada tema nuevo, con devolución inmediata del trabajo del alumno, oral o escrito, con las correcciones y las indicaciones correspondientes. Esto facilita, por una parte, la tarea evaluativa global del profesor y, por otra, la autocomprensión y autoevaluación del estudiante, quien por

este método se siente apoyado y guiado permanentemente en su aprendizaje. Hasta aquí me he referido a la comunicación en el aula, pero el profesor Cabrera asigna también importancia a otros aspectos de la comunicación; por ejemplo: comunicación entre los estudiantes y la institución, entre los docentes y la institución, y de los estudiantes entre sí, tanto en el aula como fuera de ella. Hay también en la exposición del profesor Cabrera algunas observaciones acerca de la ambientación de las minorías, tema de amplia repercusión en los Estados Unidos, pero que en nuestro país no presenta serios problemas.

Resta decir algunas palabras acerca de la *retención.* El profesor Cabrera asigna gran importancia a este tema, hasta el punto de que lo considera uno de los grandes objetivos de la enseñanza y, consecuentemente, uno de los parámetros más importantes de la evaluación institucional. Esto significa poner el acento en lo que entre nosotros se llama *la contención y el cuidado* del alumno. Por un lado, estos objetivos se logran mediante una política activa de relaciones entre la institución y los estudiantes (relaciones sociales, culturales y, simplemente, cotidianas); por otra parte, contribuyen sin duda a la retención los seis aspectos señalados más arriba acerca de la comunicación en clase.

Yo señalaría, a título personal, un riesgo que se corre cuando se adoptan los criterios aquí comentados y que, en principio, comparto: está bastante difundida entre los pedagogos contemporáneos la idea de que el profesor debe ser más un guía que un transmisor de conocimientos. Creo que se trata, una vez más, de un extremismo: no cabe duda de que el centro de la enseñanza es el alumno y de que –como he indicado a lo largo de todo este comentario– se debe poner énfasis en el trabajo y en las capacidades del educando. Pero esto no quiere decir que el profesor haya de ser solamente un guía. Es muy importante que el docente explique los temas y los conceptos esenciales, advirtiendo al alumno cuáles son las interpretaciones equivocadas que más a menudo se cometen. Lo que debe suceder, para evitar que tales explicaciones se tornen ineficaces, es que se aproveche la ocasión para advertir a los alumnos acerca de las interpretaciones

equivocadas más frecuentes, para insistir en las sutilezas a que pueden dar lugar los conocimientos expuestos y, sobre todo, para ejercitar el sentido crítico del educando ante un conocimiento nuevo. Además, como ya se ha señalado, se debería proceder de inmediato a una evaluación del aprendizaje, evaluación que no necesita consistir forzosamente en resolución de problemas sino que puede comprender preguntas conceptuales.

Me he restringido, por razones de tiempo, a considerar solamente las ideas esenciales desarrolladas por el expositor, de modo que este comentario no alcanza a reflejar la riqueza del trabajo del profesor Cabrera. Le agradezco su valiosa contribución y, sobre todo, su mirada renovadora acerca de los indicadores universitarios, que apunta a liberarnos de los prejuicios formalistas y dogmáticos, volviendo a poner el principal énfasis pedagógico en el proceso de enseñanza/aprendizaje. Muchas gracias.